



1º D. T. ORDINARIO. EVANGELIO S/ SAN LUCAS 3,15-16. 21-22.

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías. Él tomó la palabra y dijo a todos:

-Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

-Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.

Bautizados con Espíritu y fuego

Celebramos el Bautismo de Jesús en el Jordán, una fiesta con la que se cierra el Tiempo de Navidad. Con el Bautismo de Jesús se escenifica el final del Antiguo Testamento y la apertura del Nuevo Testamento en el que se recoge su vida pública.

Juan dejando bien claro que él no es el Mesías que espera el pueblo judío, ha cumplido su misión de preparar los caminos al Señor con la predicación y con un rito penitencial o compromiso de conversión llamado bautismo. Juan conoce su misión y sus límites y los reconoce cuando afirma *“Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”*.

El bautismo de Jesús es un gran ejemplo de humildad y de sumisión. Jesús se mezcla con los hombres y entra en la corriente de su historia. Jesús viene a hacerse solidario con los hombres en todo.

El justo se mezcla con los pecadores y se sumerge con ellos en las aguas del Jordán y por todos ellos ora Jesús. Y esta oración es escuchada por el Padre y el Espíritu de Dios que se manifiesta en aquel hombre, Jesús de Nazaret, nos revela que Él es el Hijo amado de Dios. Es pues este un momento importante para los cristianos pues es una referencia clara de la revelación del misterio de Dios a los hombres.

Pero es de resaltar también esa frase de Juan cuando dice *“Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”* pues no cabe duda que el seguimiento a Jesús sumerge a los creyentes en el baño del Espíritu, un espíritu santo, dador de vida. Y los ilumina con el fuego del amor, ese fuego que únicamente puede brotar cuando se cree en Él sin condiciones, ese fuego que es aliento de Dios, creador de vida, fuerza que renueva y cura a las personas, amor que todo lo transforma.

Jesús es pues nuestro mediador con el Padre Dios, pues a través de Él, siguiéndole como modelo de vida podemos llegar a Dios, al menos aproximarnos más a Él, ser un poco más felices y sobre todo, mejores.

Para eso hemos comprender y de aceptar como bueno que Jesús sea nuestro guía ¿En quién, si no, podemos confiar? ¿Solos nos atrevemos a transitar por el mundo? ¿Con qué objetivos podemos vivir? ¿Para qué y por qué estoy aquí? ¿Nos conformamos sin más con ser seres vivos como las plantas o los animales? ¿Para qué sirve mi libertad, para hacer el bien al prójimo o para beneficiarme yo a su costa? ¿Cómo vivo mi bautismo, acogiendo el Espíritu?

Son preguntas existenciales cuyas respuestas nos ponen en la pista de la necesidad que podemos tener de Dios. Por eso optamos por ser cristianos.

Sin embargo en nuestra sociedad hay bastante desorientación. Se dice que en nuestro pueblo únicamente el 15% de la gente se acerca a la Iglesia. ¿Quiere esto decir que el 85% no cree en nada? Obviamente no. Más bien quiere decir que la Iglesia no acierta a transmitir, en este tiempo que vivimos, el Evangelio de Jesús.

Hoy se habla de la Nueva Evangelización y eso es positivo. Se necesita un impulso importante para que muchas personas buenas, que no conocen suficientemente a Jesús, tengan la posibilidad de sanar sus corazones, de ser mejores.

Vivimos en una sociedad fuertemente castigada por los poderes económicos, en un escenario en el que la lucha por la supervivencia es cada día más feroz, en la que son muchos ni comprenden, ni respetan, incluso combaten, a una Iglesia que se ha limitado a celebrar la liturgia y a preservar unas tradiciones. No son conscientes esas personas, que desprecian y desprestigian un valor tan noble y tan valioso como es Jesús. Un Hombre que pasó por el mundo haciendo y enseñando el Bien.

Es por ello que en nuestra Iglesia se requiere de una reacción, una reacción que ha de partir del corazón de cada persona, de una observancia e interés por Jesús. Es preciso tener la humildad, como lo hizo Jesús en el Jordán, de bautizar todo mi ser con el fuego de Jesús, con el fuego de su amor, de la entrega gratuita, de la escucha, de la comprensión, con el fuego del perdón. Todo lo demás es secundario. Esa es nuestra oración.



Cada uno tenemos un camino, una misión. Tenemos una familia, un entorno en el que nos desenvolvemos. Y para encontrar ese camino no se necesitan grandes heroicidades, sólo la heroicidad de llevar a la vida el espíritu de Jesús.

Decía un preso, que todos los días escucha Radio María desde la cárcel, que Jesús era su compañero, el preso nº 1. Aceptaba con

agradecimiento su situación, sin rencor alguno. Aceptaba que su camino hacia Dios pasaba por esa cárcel.

Y siendo conscientes de que no estamos solos, acercarnos un poco más a la Iglesia, sentirnos Iglesia, por encima de toda miseria que podamos ver en ella. Yo también soy y quiero ser Iglesia. Yo también tengo encomendada una misión. Es tiempo de sumar y no de división.

El ejemplo de una vida honesta, humilde, de una vida callada, es la mejor forma de animar a tanta gente desengañada, incluso manipulada por las corrientes de opinión dominantes, para que se decidan a acercarse a Jesús, mejoren sus vidas y por ende la de nuestra sociedad. Es lo mejor que podemos hacer por nuestros hijos. ¡Que así sea!

13 de enero de 2013

Parroquia de Betharram